

## II.

Llegó para Miriam el triste día  
De larga ausencia y despedida amarga;  
Jesus, el hijo de su amor querido,  
Salió de Nazaret una mañana,  
El paso dirigiendo á las riberas  
Que del Jordán las amarillas aguas  
Riegan, y adonde entonces el Bautista,  
Con su misión cumpliendo, bautizaba.  
La vida de Jesus, no ya secreta,  
Mas pública va á ser: de la morada  
Materna se despide, pobre, solo,  
En situación humilde, y sin mas armas  
Que su valor, paciencia y mansedumbre.  
Con tan débiles fuerzas se prepara  
Costumbres á atacar, usos y leyes,  
A lidiar contra pueblos y monarcas.  
Y vencerá en la lucha, que su brío,  
Del mismo seno del Señor emana;  
¡Mas cubrirá el laurel de la victoria,  
Del muerto triunfador la frente helada!

¡Cuánto pesar y dolorosa angustia  
Rasgaron de Miriam crudos el alma!  
¡Ella, que ve lanzarse al generoso  
Jóven, de aquella mar tan agitada  
En las revueltas, encrespadas olas,  
Donde tantos profetas naufragaran!  
El insensato orgullo, el fanatismo  
Torvo, la hueste toda sanguinaria  
De las malas pasiones, solo, inerte,  
Va el Justo á combatir:—La jente prava  
Que domina en la torpe sinagoga;  
Del fariseo hipócrita las tramas,  
Su feroz ambición, su cruda envidia,  
Su innoble miedo, su intencion bastarda,  
Y del rey de linaje advenedizo,  
La cobarde, terrible suspicacia!

No era Miriam de aquella heroica estirpe  
Que dió á Judá tan célebres monarcas,  
Vástago indigno, no; en el noble pecho,  
Un corazón impávido alentaba;  
Mas recuerda las santas profecias,  
Los anuncios mesiánicos; y el alma  
Mira ante sí con lúgubres colores  
Un cuadro aterrador que la amenaza:  
Por eso al despedirse el hijo caro,  
Bañado el rostro de copiosas lágrimas,  
Roto su corazón dentro del seno,  
Y anudada la voz en la garganta;  
Cuando el débil rumor ya no percibe  
De los pasos de aquel que tanto ama,  
Cubrióse con su velo, y pensativa,  
Muda con el dolor, enajenada  
Quedó, pensando en los pasados días  
De ventura y de paz; memoria amarga  
De la dicha que fué; ¡presagio triste  
Del porvenir horrendo que la aguarda!

Pasan días tras días;—perezosas  
Noches eternas, que jamas acaban

A la inquietud materna, y á su asilo  
Aun no vuelve Jesus.—Noticias vagas  
Anuncian á Miriam que el hijo snyo  
Ha entrado en las estériles montañas  
A Jericó vecinas.—El cordero,  
Sin duda al acercarse á la elevada  
Obra de redención, el trato esquiva  
De la turba mortal, y en la plegaria,  
Y en la meditacion y en el ayuno,  
A la lucha tremenda se prepara.  
¡Ay! ¡cuánto de temor y pena ruda  
Desgarran de María las entrañas!  
Si acaso de la noche en las tinieblas  
Suenan la ronca voz de las borrascas,  
¡Qué horrible padecer!—¡Bajo qué abrigo  
Guarecerá la frente delicada  
El amado Jesus?—¡Qué luz piadosa,  
Amiga alumbrará su débil planta,  
Al borde de los hondos precipicios  
Donde solo anidar pueden las águilas?

Así cuarenta soles, que centurias  
Parecen á la madre acongojada,  
Pasaron; mas al fin volvió el Mesías,  
Y de nuevo á Miriam tornó la calma.

## LAS BODAS DE CANA.

## III.

Entonces, en Caná de Galilea  
Un consorcio feliz se celebró,  
Y juntos fueron hácia aquella aldea  
MARÍA y el divino Redentor.

Que deudos de Miriam ambos esposos  
Eran, y de la estirpe de Judá,  
Y á su hijo y á ella, cariñosos  
Enviaron un convite muy cordial.

Y habia muchas gentes, y era escasa  
De los recién casados la fortuna,  
Y en manjares y vinos pobre tasa  
Había, por demas inoportuna.

Y como la mitad de la comida,  
El vino se agotó; Miriam, atenta  
Observó la mirada entristecida  
Del esposo á la esposa que se ausenta.

Y en voz baja á Jesus, que á su derecha  
Está, le dice así: "No tienen vino."  
Y él, al oír la voz con que lo estrecha:  
"¡Aun no he llegado al fin de mi camino!"

Responde; mas Miriam, que á sus parientes  
Quiere evitar humillacion tan dura,  
No desespera aún, y á los sirvientes,  
Con voz de acabadísima dulzura,

Así les dijo: "Haced cuanto él os diga."  
Había, para hacer las oblaciones,

La que la antigua ley al hombre obliga,  
Seis ánforas (1) de grandes dimensiones

Allí.—Mandó Jesus á los sirvientes  
Que á una vecina fuente las llevaran,  
Y de sus aguas puras transparentes,  
Hasta los altos bordes las llenaran.

Cumplido su mandato, en delicioso  
Vino trocóse el agua en el instante,  
Y á tal prodigio se asombró el esposo,  
Y enmudeció la turba circunstante.

Y así logró Miriam ser la primera  
Que mirase brotar al milagroso  
Poder, que en tan efimera carrera  
Iba á ostentar el Nuncio poderoso.

Y todos los presentes se admiraron,  
Y su inmenso poder reconocieron,  
Y sus menores signos acataron,  
Y su misericordia enaltecieron.

## IV.

Aquel milagro de Caná, seguido  
En breve de un millon,  
Señaló que ya el tiempo era venido  
Del fin de su misión.

A su voz las tormentas se aplacaban,  
Los demonios huían,  
Las dolencias del cuerpo se aliviaban,  
Los muertos revivían.

Do quiera que en aquel dichoso suelo  
Su planta descansaba,  
Cesaba el llanto, enmudecía el duelo,  
Y el odio se calmaba.

Y venían á él desde Judea,  
De Tiro y de Sidon,  
De la remota Arabia y de Idumea  
En rauda confusion.

Y al que con fé profunda enardecida,  
Llegaba hasta su pié;  
Eterna fuente de salud y vida,  
Vida y salud da él.

Ven de nuevo del sol la lumbre pura  
Los ciegos afligidos,  
Y cruzan la montaña y la llanura  
Los pobres impedidos.

Cura al leproso, al pecador convierte,  
La adúltera perdona,  
Y arranca de los brazos de la muerte  
Al niño y la matrona.

(1) Evangelio de San Juan, cap. 2º

"¿Quién es este, clamaba el fariseo,  
Que va contra la ley?"  
"¿Quién, temblando de susto el idumeo,  
Este que aclaman rey?"

"¿Quién es el que aconseja al ultrajado,  
Generoso perdon?  
¿Quién es el que combate denodado  
La usura y concusion?"

Y así como en la oscura madriguera  
Por hombres acosada,  
Se prepara á lidiar la brava fiera  
Cabe á su prole amada:

El escriba avariento, sobre el oro  
Al pobre arrebatado,  
Se apercibe á la lid, por el tesoro  
A precio tal comprado.

Y el fariseo hipócrita, temiendo  
La lid, astuto infama  
A Jesus, y en lo oscuro va tendiendo  
Su tenebrosa trama.

Y el audaz saduceo, que la vida  
Del alma torpe niega,  
A la múltiple hueste maldecida  
Iracundo se agrega.

Así, sus mútuos odios deponiendo,  
Se adunan los traidores,  
Torpe amistad, bastardo amor fingiendo  
En pro de sus rencores.

Y el volcan de sus iras contenido  
Rugía en lo lejano,  
Como acaso escuchamos el bramido  
Del remoto Oceano.

Mas al rumor creciente, de María  
Temblaba el corazón,  
Y miraba acercarse la agonía  
Con triste prevision.

Y siguiendo por montes y laderas  
Al hijo con afán,  
Llegó con él un día á las riberas  
Que fecunda el Jordán.

Y por él fué allí mismo bautizada,  
Y siguió decidida,  
Y abandonó su vida acostumbrada  
Por otra nueva vida.

Y mujeres seguíanla y varones,  
Discípulos fervientes  
De Jesus, de amorosos corazones  
Y espíritus valientes.

## ENTRADA DE CRISTO EN JERUSALEN.

V.

¿Qué jubilo inmenso resuena,  
Sion, en tu vasto confin?  
¿Qué gozo inefable enagena,  
Salen, tu recinto feliz?  
Do van tus resueltos varones  
Cantando triunfales canciones?  
¿Por qué suena el laúd?

¿Qué triunfo electriza sus almas?  
¿Acaso el romano cayó?  
¿Por qué se despojan las palmas  
Del manto que el cielo les dió?  
¿Por qué tu llanura arenosa  
Reviste esa capa frondosa?  
¿Cesó tu esclavitud?

En coro las tiernas doncellas,  
Los niños en coro pueril,  
Repiten en cántigas bellas,  
Pulsando del padre David  
El arpa de voces tan puras:  
"Hosanna en las alturas!"  
¿Bendito el enviado de Dios!"

¿Quién es el monarca temido,  
Que llega á tus puertas, Salen?  
¿Quién es ese rey tan querido?  
¿De Dios el enviado, quién es?  
De inmensa legion circundado,  
En carro de triunfo adornado,  
¿Llega el conquistador?

Sion, tu monarca divino  
No viene en un carro triunfal;  
Ni acero feroz, damasquino  
Empuña su mano real:  
Ni en pompa homicida de guerra  
Le anuncian por rey de la tierra.  
El fausto y el poder.

En manso animal cabalgando,  
Se acerca del mundo el Señor,  
A diestra y siniestra lanzando  
Benignas miradas de amor.  
Por armas la palma y la oliva,  
Por premio la fé siempre viva,  
¿Eterno amor por ley!

Y en pos los invictos varones,  
Las madres que acata á Israel,  
Y ancianos y tiernos garzones  
Confusos en rauda tropel;  
Y esposas y vírgenes puras:  
"Hosanna en las alturas,  
Esclaman, al sumo Señor!"

Y el santo, amoroso concento  
Que suena en el vasto confin,

Llevado en las alas del viento,  
Llegó cual la voz del clarín,  
Sion, á tus calles oscuras,  
"Hosanna en las alturas,  
Clamando, al supremo Señor!"

Y el eco del muro callado  
Y el agua que corre á su pié;  
Del templo el recinto sagrado  
Y el viento que gime al traves:  
Y el ruiseñor que en la enramada trina,  
Y el aura embalsamada matutina,  
En puro acento de perenne amor;  
Clamando van en montes y llanuras:  
"Hosanna en las alturas,  
Al que viene en el nombre del Señor."

## LIBRO DUODECIMO.

## MARIA EN EL CALVARIO.

I.

Aun no estaba marchito el verde manto  
Que de *Betania* revistió el camino,  
Cuando ardiendo Sion en gozo santo,  
El Cristo á saludar rápida vino;  
Aun repiten gozosos aquel canto  
Los ecos del país circunvecino,  
Y las auras turbadas se estremecen,  
Y aun tibias de sus hálitos parecen;

Cuando una voz inmensa, conturbando  
Los ámbitos del monte y la llanura,  
A amigos y contrarios va llenando  
De pasmo, y de alegría, y de pavora:  
Aquel acento horrísono y nefando,  
Envuelto en la traición y la impostura,  
Caro á muchos, y á pocos detestable,  
Anuncia que se ha preso á un gran culpable.

Y en torno á los magnates opresores,  
Y á los que favorece la fortuna,  
Viles escribas, pérfidos doctores,  
Que ahora en torpe alianza el vicio aduna;  
Del gran templo en los arcos exteriores  
Se arremolina el pueblo, é importuna  
Una vez y otra vez al fariseo,  
Por el nombre y los crímenes del reo.

—¿Es ladrón, ó falsario, ú homicida  
Aquel gran criminal? ¿su orgullo insano  
Intentó quebrantar en lid reñida  
La suma prepotencia del romano?  
¿Escándalo del mundo, el parricida  
En sangre paternal bañó su mano?  
O en las sagradas bóvedas del templo,  
Dió de la santa ley torcido ejemplo?

No: sumiso á la ley, pagó el tributo  
Que se debe á los reyes de la tierra;  
Jamás dió su palabra amargo fruto  
De infausta division, ni cruda guerra:  
La cólera, el rencor, el llanto, el luto,  
Cuanto mal y dolor el mundo encierra,  
Huyen, al resonar su blando acento,  
Cual leve arista que arrebató el viento.

Lejos de hacer brotar de agenos ojos  
Lágrimas de amargura, amante llora  
Sobre las penas, lágrimas y enojos  
Que la vida mortal en sí atesora:  
Lejos de complacerse en los despojos,  
En la humildad y en la pobreza mora;  
Da vista al que jamás el sol mirara,  
Cura al enfermo, al desvalido ampara.

En vez de trastornar de la Escritura  
La blanda, salúfiera doctrina,  
Su voz suave, de la letra oscura  
Los profundos arcanos ilumina:  
A los de fé mas débil asegura,  
A los que van á ciegas encamina,  
Y á do su vista ó su palabra alcanza,  
Vuelven vida y amor, fé y esperanza!

Mas ante los escribas y doctores,  
Tiene el profeta crímenes bastantes:  
El, de la ley los llama torcedores;  
El, del templo arrojó á los traficantes:  
Y á saciar su venganza y sus rencores,  
Con ronca voz y labios espumantes,  
Costumbres violan y traspasan leyes,  
Y pisan los derechos de sus reyes.

De una traición doméstica, comprada  
Con oro vil, se valen los villanos,  
Y á poner en la víctima sagrada  
Van iracundos las inicuas manos:  
Velando su impostura refinada  
A varones, y vírgenes, y ancianos  
De Israel, con ayunos y con preces,  
Del Justo se preparan á ser jueces.

Jamás el mundo vió víctima alguna  
Del odio y el rencor de los mortales,  
Sufrir tantas afrentas una á una,  
Tantos dolores, ni tormentos tales:  
Jamás tan negro fin de su fortuna  
Vieron los mas odiosos criminales,  
Ni para ajar tan límpida pureza,  
Adunada se vió mayor vileza.

Como á un esclavo vil, por mas afrenta  
Arráncanle sus sacras vestiduras,  
Y el acerado azote se ensangrienta  
En las perfectas formas, cuanto puras;  
La ira se dobla y el rencor se aumenta,  
Como doblando van las amarguras  
Del justo, en los verdugos carniceros,  
¿Espanto de los siglos venideros!

Así tal vez la fiera tigre hircana,  
Que fuerte acosa al cazador ardido,  
Cobarde lucha, y por huir se afana  
Al antro oscuro do hasta allí ha vivido;  
Mas si mira teñido en roja grana  
De su contrario el pecho, hondo rugido  
Exhala de placer, y su ardimiento  
Redobla al par de su furor sangriento.

Hundieron en su frente una corona  
De duras y agudísimas espinas,  
Y la sangre brotando se amontona  
Sobre las sienes del Señor divinas:  
Un pedazo de caña le pregona  
Por rey, y rotas fajas purpurinas,  
Harapos en el suelo abandonados,  
Cual manto régio danle los soldados.

Y haciendo mil burlescas contorsiones,  
Entre mofas y risas le saludan,  
Mientras que los satánicos sayones  
Cansados de azotarle se remudan:  
Mas las bellas, purísimas facciones,  
Ni al sarcasmo ni al golpe se demudan,  
Y al mirarlos sonrie tristemente,  
Compadeciendo su furor demente.

La saña á desarmar y el odio fiero  
De aquella encarnizada muchedumbre,  
En vano el pacientísimo cordero  
Opone su piedad y mansedumbre:  
El, que bajó á librar al mundo entero  
De la mas ominosa servidumbre,  
Ora se ve azotado, escarnecido  
Del pueblo que en su amor ha preferido.

II.

El odio ya saciado  
Del escriba y del torpe fariseo,  
Cuando bastante juzgan degradado  
Al inmortal profeta galileo,  
Ante la masa estúpida  
Del pueblo, á consumir el sacrificio  
Vuelan, que llega el sábado,  
Y retardar no quieren su suplicio.

Con la terrible carga  
De una pesada cruz, los flacos hombros  
Agobian de Jesús:—penosa y larga,  
Y llena de ruinas y de escombros,  
Es del calvario lúgubre  
La triste, funestísima carrera;  
Mas viendo que la víctima  
Vacila, su rencor mas se exaspera:

Y con el asta dura  
De las cobardes lanzas le atropellan,  
Y si cae el lastimado por ventura,  
Sin piedad le maltratan y le huellan  
Turba feroz, sacrilega,  
De execrables verdugos que se ensañan

Contra del Justo, y réprobos,  
En sangre de su Dios torpes se bañan.

Como en noche callada  
Llega acaso confusa á nuestro oído  
La voz de la tormenta desatada,  
Que sopla sobre el mar embravecido;  
Y con el susto trémulos,  
Aunque remotos del horrendo amago,  
Dudamos si es mas próximo,  
Y en tierra ó viento ó mar el fiero estrago:

Así en la muchedumbre  
Que en calles, plazas, techos, miradores,  
De la ciudad á la maldita cumbre,  
Se ve de mil y mil espectadores:  
En rudos sonos mézclanse  
Anatemas y gritos de alegría,  
Cantos de triunfo lúgubres,  
Y ayes de compasión y de agonía.

Allí van confundidos  
Con los que de sus males ha sanado,  
Los que en su contra están enfurecidos;  
El aborrecedor junto al amado:  
Empero, son estériles  
De amor y de piedad las emociones,  
Calladas son las lágrimas,  
Ruidosas las impías maldiciones.

Cobarde le ha negado  
Aquel ingrato apóstol mas querido;  
Uno solo de entre ellos ha quedado,  
Los demas todos juntos han huido;  
No hay una voz intrépida  
Que acuse la impostura y la malicia,  
¡Ni un corazón magnánimo  
Que clame contra el odio y la injusticia!

Y por la prolongada  
Calle, que á la ominosa puerta guía,  
Judiciaria en mal hora así llamada,  
Sigue la plebe indómita y bravía:  
Y en medio el justo, cárdeno  
El rostro, y el mirar desfallecido,  
Sigue con planta trémula  
A la cumbre del monte maldecido.

Y he aquí que una matrona,  
A la mitad de la fatal carrera,  
Por do mas el gentío se amontona,  
Penetró:—su mirada lastimera,  
No las amargas lágrimas  
Empañan del dolor; de tal quebranto  
En los tormentos hórridos,  
Poca es la voz, insuficiente el llanto!

Y mientras, dolorida,  
Como un sepulcro helada y silenciosa,  
Se va acercando á aquel á quien dió vida,  
Sus mujeres, Salen, en voz piadosa  
Bajo sus velos cándidos:  
“¡POBRE MADRE!” entre llores esclamaban,

Mientras las haces túrbidas  
Del pueblo, libre el paso le dejaban.

Mas los crudos guerreros,  
Que al hijo de su amor torvos circundan,  
Aquellos despiadados estranjeros,  
Que en la crueldad su orgullo innoble fundan;  
Ya de las lanzas férreas  
Con las terribles puntas la rechazan,  
Y con insultos bárbaros  
Y palabras de muerte la amenazan.

Entonces, de sus ojos,  
Con el pesar intenso amortecidos,  
Y del llanto anterior, hinchados, rojos,  
Rayos de luz brotaron, despedidos  
Como vivos relámpagos,  
Ante los cuales cejan los soldados,  
A los fulgores vívidos,  
Si no compadecidos, subyugados.

Libre el paso, MARÍA  
A Jesus dirigió la incierta planta,  
Y al contemplar su angustia y su agonía,  
De no morir la mísera se espanta.  
Sudor á mares, gélido  
Brotó copioso de la augusta frente,  
Al horrendo espectáculo  
Del suplicio de un Dios omnipotente.

Mas ni un solo gemido,  
Ni una lágrima sola, los dolores  
Del corazón revelan, dolorido,  
De la que es manantial de los amores.  
Jesus, en tanto, mírala  
A dos pasos de sí, y en blando acento:  
“¡Madre!” su voz exánime  
Clamó, y “¡Madre!” repiten tierra y viento.

Y al cariñoso nombre  
Que tanto amor y gozo tanto encierra,  
Al combatido corazón del hombre  
En su paso fugaz sobre la tierra;  
Dando un gemido lúnebre,  
Del fondo de su alma desgarrada,  
¡Cayó la madre mísera,  
Sobre las duras losas desmayada!

Y un jóven galileo  
De bello rostro y de mirar sombrío,  
Y una jóven mujer, del suelo hebreo  
Fragante flor; por medio del gentío  
Cruzan con paso rápido  
Hasta do está la Virgen dolorida,  
Y con amor solícito  
La vuelven á la vez, dolor y vida.

San Juan y Magdalena,  
De Jesus los discípulos amados,  
Que á arrancar á Miriam de aquella escena,  
En su indecible amor van adunados.  
Mas su amorosa súplica  
No oye la Madre, y bajo un sol ardiente,

Del ominoso Gólgota  
Prosigue por la rápida pendiente.

Ya tocan aquel suelo,  
Que está por altos juicios destinado  
La muerte á presenciar del Dios del cielo,  
Para aplacar al mismo Dios airado.  
Al ara ya la víctima  
Se acerca del mas grande sacrificio,  
¡Y tierra y cielo atónitos  
Se preparan al hórrido suplicio!

### MARIA AL PIE DE LA CRUZ.

#### III.

Allí la homicida turba,  
Como una sierpe gigante,  
Sobre sí misma furiosa  
Se arremolina, y combate  
Por contemplar del profeta  
El suplicio miserable.  
¡Y dó está Miriam entonces?  
—¡Pobre Madre!

Arrastrar vió al inocente  
En medio á dos criminales;  
Mira tres cruces tendidas  
Sobre la tierra culpable,  
Y hombres de rostros crueles  
Que abren los hoyos fatales;  
¡Mas dónde está el hijo suyo?  
—¡Pobre Madre!

Al fin, pareció; mas ¡cielo!  
¡Qué vista tan lamentable!  
—¡Sin un harapo siquiera  
Sobre sus desnudas carnes,  
De cuyas hondas heridas  
Brotó á torrentes la sangre!  
El, tan honesto y tan puro!  
—¡Pobre Madre!

Mas los feroces verdugos,  
Con ciega furia arrastrándole  
De la cumbre maldecida  
Al sitio mas culminante,  
Espusieronle á la mofa  
De aquella turba salvaje.  
¡Qué horrendo cuadro á la vista  
De una Madre!

Tienden al Justo en seguida  
Sobre la cruz infamante,  
Lecho de honor que los hombres  
De su amor en premio danle  
¡O ingratitud! ¡ó demencia!  
¡O ceguera lamentable!  
¡Dónde está entonces MARÍA?  
—¡Pobre Madre!

A una cercana caverna,  
Magdalena y Juan amantes  
La arrastran:—Sordo murmullo,  
Tal cual la voz de los mares,  
O de borrascas remotas  
Al rebramar semejante,  
Llega tremendo al oído  
De la Madre!

De vez en cuando confusos,  
Elevábanse en los aires  
Rechifas y maldiciones,  
Risotadas espantables  
Y denuestos furibundos  
De aquel pueblo de chacales...  
¡Y la infelice los oye!  
—¡Pobre Madre!

Mas un silencio profundo  
Reina por breves instantes.  
¿Acaso le compadecen?  
¿O alguna nueva barbarie  
De la feroz muchedumbre  
Calma el furor anhelante?  
—¡Piedad del tigre no esperes,  
Pobre Madre!

Pronto, el silencio rompiendo,  
Como de golpe que cae  
A un tiempo sobre maderas  
Y despedazadas carnes,  
Oyese un sordo ruido  
Allá en la cumbre distante,  
Y otro despues, y otro luego:  
—¡Pobre Madre!

Y al rumor siniestro, pálida  
Cual la azucena del valle,  
Tiembla Miriam convulsiva,  
Como si agudos clavasen  
En su pecho los sayones  
Sus damasquinos puñales.  
¡Y vive empero y escucha!  
—¡Pobre Madre!

¡Jamás confesor alguno,  
Jamás valeroso mártir,  
En fiero potro estendidos,  
Sufrieron tormentos tales,  
¡Y empero de sus dolores  
Aun va el suplicio á aumentarse!  
¡Flaca mujer, infelice!  
—¡Pobre Madre!

Bien pronto, el agudo roce  
De maderas y cordages  
Se percibe, y lentamente  
Se alza la cruz en los aires.  
¡Y en ella al Hijo del hombre,  
Cual vencedor estandarte  
Contempla atónito el mundo!  
—¡Pobre Madre!

Vuelto al remoto Occidente  
El desgarrado semblante,  
Promete á aquellas regiones  
Que por tan largas edades  
Aguardan la luz, fecundos  
Sus generosos raudales.  
¿Y do está entonces MARÍA?  
—¡Pobre Madre!

Entonce el réprobo pueblo  
Alzó con voz formidable  
Un prolongado rugido  
De feroce triunfo.—“Salve,  
Le gritan, rey poderoso!  
Si eres hijo de Dios, ¡baje  
Tu poder desde esa altura  
Do ora yace!”

Y á su izquierda, un foragido  
De otra negra cruz colgante,  
De su penosa agonía  
En los postrimeros vales,  
Aun le maldice sañudo;  
Y él con palabras amantes  
Así esclama: “¡Padre mio,  
Perdonadles!”

Mas el momentáneo asilo  
Deja Miriam, y sin ayes,  
Ni lágrimas, ni sollozos,  
Pocos á dolor tan grave;  
Hácia el lugar del suplicio  
Va con planta vacilante,  
Como el mármol blanca y fria . . .  
—¡Pobre Madre!

Del ara del sacrificio,  
A pocos pasos distante,  
Los furibundos sayones  
Tigres sedientos de sangre,  
La vestidura inconsútil  
Por suerte entre sí reparten.  
Y ella contempla el despojo . . .  
—¡Pobre Madre!

Los turbios ojos desvia  
Del horror insoportable,  
Hácia el cielo, y la mirada  
Del Dios moribundo, cae  
Desgarrando una por una  
Sus entrañas maternas.  
¡Por fin llegada es la hora!  
—¡Pobre Madre!

¡En los anales del mundo  
El hora mas memorable!  
Vencida en ella es la muerte,  
Vencidos los infernales  
Espíritus, y aun la suma  
Justicia, aquel satisface  
Sumo holocausto, inaudito,  
De tal sangre!

En tanto, en medio del dia,  
Sanguinolentos celages  
Velan el sol: sobre el mundo  
Caen las tinieblas palpables:  
Las águilas roncos gritos  
Lanzan de horror en los aires,  
Y ahullan sobre la tierra  
Los chacales.

Y del calvario maldito  
El lóbrego paisaje,  
De negro mármol parece  
Un catafalco gigante.  
Reina el silencio del miedo  
En las turbas criminales,  
Y de horror tiemblan unidos  
Tierra y mares.

En tanto, no olvida el Justo  
Los que á su amor son leales:  
Y vuelto á Juan y MARÍA,  
Con voz de amor inefable:  
“*Ve en él al hijo que pierdes.*”  
Dice á Miriam, y al amante  
Discípulo: “*¡Mira en ella  
A tu Madre!*”

Y luego á mirar cumplidos  
Los proféticos anales  
De las Santas Escrituras,  
“*Sed tengo*” exclamó:—“en vinagre  
Bañada una grande esponja,  
Dieron el crudo brebaje  
Al que es manantial de vida,  
Los infames!”

Y gustado ya el veneno,  
Con amoroso semblante  
Clamó: “*¡Todo está cumplido!*”  
Y lanzando un grito grande,  
Inclinó la sacra frente  
Y espiró.—Trémulos ayes  
Pueblan el aire confusos . . .  
• —¡Pobre Madre!

## IV.

En el supremo, vencedor momento,  
Cuando en sus negros templos escucharon  
Del sumo Dios el postrimer acento,  
Los ídolos inmundos vacilaron:  
Del astro de Moises ya macilento,  
Los fugaces fulgores se apagaron,  
Y el sol del Evangelio generoso,  
Amaneció radiante y poderoso.

Mas Dios era deudor á los mortales,  
Ejemplo á endurecidos pecadores,  
De enviar al bajo mundo altas señales  
De sus justos, terríficos furios:  
Y apenas las tinieblas sepulcrales

Que envolvian al mundo en sus horrores  
Comienzan á aclarar, su voz severa  
Estremeció la creacion entera.

Y del sol al fulgor sanguinolento,  
Digna luz á tan hórridas maldades,  
Sucedió un terremoto turbulento  
Que en Asia derribó veinte ciudades (1):  
Con insólita furia silba el viento,  
Braman con ronca voz las tempestades,  
Y el velo del santuario enaltecido,  
Miró atónito el pueblo en dos partido.

Y rotas en pedazos las cubiertas  
Que las marmóreas tumbas revestian,  
Se lanzan de sus cárceles abiertas  
Los que en el sueño del Señor dormian:  
Y en tus calles, Sion, cuasi desiertas,  
Espanto á los vivientes infundian  
Los cadáveres vivos aun fajados,  
Del reino del horror resucitados.

Entre los gritos de cobarde espanto  
Que resuenan allá en la negra cumbre,  
Se oye la voz de arrepentido llanto  
Por sobre la revuelta muchedumbre:  
Mientras oculta en los pliegues de su manto,  
Imágen del dolor y mansedumbre,  
Insensible al tumulto y gritería,  
Inmóvil y de pié se alza MARÍA.

Y la mudable plebe contemplando  
En redor los insólitos portentos,  
“*¡Este era hijo de Dios!*” iba clamando,  
Como á su hogar volvía á pasos lentos;  
Y las mujeres de Sion, llorando  
Entre tristes sollozos y lamentos:  
“*¡Miseria Madre!*” en su afliccion decian,  
Y los ecos sus voces repetian.

## CONCLUSION.

## I.

La calma renacia  
Poco á poco en el orbe conturbado,  
Y del pueblo malvado  
En el precito corazon, volvía  
El fuego á renacer casi apagado  
De su torpe valor: tal carniceiro  
Tigre que en los hircanos arenales  
Fué terror de mastines y zagales,  
Tiembra ante el domador como un cordero;  
Mas si trémulo acaso ve primero  
A aquel que empuña la candente barra,

(1) Plinio y Estrabon hablan de este terremoto, cuyos sacudimientos se sintieron hasta en Italia.

El instinto feroz recobra luego,  
Y ceba en el cuitado, de ira ciego,  
El diente agudo y la coitante garra.

Cruel cuanto cobarde  
El pueblo deícida, al ver la guerra  
Calmada ya en los cielos y la tierra,  
Iba de nuevo brío haciendo alarde,  
Y al Redentor divino denostaba,  
Y con torpe maldad le calumniaba.

Mas como el gran profeta galileo,  
Nunciado habia al rudo pueblo hebreo,  
Que en el tercero dia, victorioso  
A la vida y al mundo tornaria  
Del reino de la muerte tenebroso,  
Una falange armada  
Del sumo sacerdote, allí mandada  
En su soberbia impía,  
Velaba en rededor de aquella tumba,  
Salud y redencion del Universo;  
Que temia aquel príncipe perverso,  
Maestro en la traicion y en la impostura,  
Que en las tinieblas de la noche oscura;  
El cuerpo de Jesus arrebataran  
Los suyos, y á otra tierra lo llevaran.

Ya del tercero dia  
La aurora el rubio Oriente coloraba:  
Jerusalen dormia  
Bajo un manto de nieblas que ocultaba  
Su deícida faz al matutino  
Sol, que el vasto confin circunvecino,  
De fulgor y de júbilo inundaba.  
Entreabrian las flores  
El cáliz matizado de colores  
Al húmedo rocío;  
Entre el ramage umbrío  
De la higuera silvestre, sus amores  
Cantaban los harpados ruiseñores;  
Y nunca en aquella árida comarca  
Que de Betania hasta Sion abarca,  
Ejemplo de tristísima aspereza,  
Mostró naturaleza  
Tan delicioso encanto,  
Tanta hermosura, ni contento tanto.

Mas de pronto en la cumbre aparecieron  
De las cercanas lomas,  
Cual banda fugitiva de palomas,  
Unas cuantas mujeres, que torcieron  
El paso hácia el jardín donde se hallaba  
El sepulcro de Cristo: descollaba  
Entre el grupo indefenso una matrona,  
Cuyo pálido rostro, que pregona  
Mas que humano dolor, resplandecia  
Con mas fúlgida luz que la del dia:  
Y mientras al sepulcro caminaba,  
A una hermosa ruina semejaba  
Que al impulso violento  
Del huracan ajada turbulento,  
En la altanera faz de rayo herida,  
Aun muestra su belleza enaltecida.